

Realidad

No sé por qué te escribo estas líneas, quizás porque le concediste vuelo a mis estrellas. Miraba al cielo y escuchaba tus campanas, tu latir y el de mi corazón. Era mi sangre una gigante hoguera embrujada por tu olímpico pecho.

Al principio venías cada fin de semana con la bolsa de viaje y el billete en la mano. Y tejían tus manos calceta de amables preguntas. Me fui enamorando de ti y de tus ojos somnolientos. Todo era diez, quince, veinte, treinta cuarenta, cincuenta, cien veces más grande y mejor; el crepúsculo lejano, los gruesos cristales ahumados de mis gafas, el eclipse; primero plata y luego cobre, el luto por mi padre, la sombra fresca desde el patio, el mirador, cobijado del brillante sol de oro donde paseábamos.

De pronto tus gritos no eran trinos de pájaros, ni tus pasos silenciosas huellas en el camino. Te sentía como un hombre oscuro, sin fragancia ni modales; siempre con la luz de un cigarro cerca de la boca, cansado y brusco. No te evitaba a pesar de no ser aquel ideal de persona libre y cándida. Pero me amedrentaban tus ojos de azabache y su mirada dura, los vasos de moscatel bebidos despacio, que te pinchaban y te ponían la sonrisa fea, los gritos desde todas partes de la casa, y a mí las ojeras moradas, maltrechas y diferentes.

Mi resplandor sincero y mi risa se sentaban conmigo y con mi miedo en la galería, absortos y apretados, o como las figuras de cera, según decía mi familia encontrarme; o como la gente olvidada, con la respiración honda y solitaria ensayando un suspiro inmenso y trasparente.

Qué fea estás hoy, sin peinar; decías a menudo. Sí y descuidada de ti, escuchando repicar las campanas de la torre en el pecho, y observando los tejados y los corralones y el cementerio como una fatal diversión; mientras tu hacías de las tuyas y soltabas una muchacha desnuda para tomar otra.

Mientras los niños saltaban en el jardín me contabas que ya no era tu princesa, ni valiente, ni hada buena; solo un payaso, incluso me pegaba mejor ser burro. No te quería oír y me iba junto a los rosales o a los granados, o me salía a la puerta temblando de llanto. Pero si mis hijos estaban cerca y necesitabas corvetas y que rebuznara lo hacía; y daba coces al aire puro con desesperada insistencia.

Qué equivocadas se reían las criaturas con los ojos brillantes encaramándose en mis caderas. Y me miraban extasiados y prolongaban sus risas pacíficas e infinitas más allá de las paredes del patio

Cuando venían del colegio, quería hacerme un nudo en las lágrimas, llenar de esperanzas sus bolsillos, desclavar astillas de agonía y lanzarlas más allá de mi áspero despojo. Y me serenaba y les acariciaba la cara de terciopelo y se me llenaban de sol las lágrimas y la respiración se me ensanchaba en el pecho.

Vaciaba el desamor de mi vaso y les cantaba al temblor de la alborada.

Convocaba el aroma de miel de sus rostros infantiles para mi boca; amparaba y encendía la crisálida de sus besos y un nuevo concierto de estrellas desenhobraban el llanto de un presagiado final.

Parecía triunfante, sin aspérgios, ni negra transparencia. Necesitaba de nuevo que el amor lloviera paz sobre la voz de mi soledad dilatada, para girar libre en mi veleta.

Lo dominabas todo, hasta el mismo cielo, el perrito negro, las ventanas, la puerta, siempre cerrada por orden tuya, para que no abriera al pintor, ni al panadero, ni a las vecinas ni la gente.

Cada uno a lo suyo, decías violento. Y yo iba desapareciendo con aquellas antiguas y únicas caricias sencillas, con mis sueños medio dormidos por pastillas, o desesperada en cualquier horizonte sinfín.

Ya no se quebrará la tarde, ni derramaré tiznadas lágrimas, y no nos encontraremos, exclamé aliviada la pena y con el pelo recién lavado; movida por algún ángel del cielo.

Quería abrir nuevos senderos y contagiarme con la música y el piar de los pájaros y la frescura sin sentido de cualquier nube malva. Enredarme en las ramas delicadas de mis hijos y estrenar nueva fantasía y ternura con ellos y conmigo risas. Así dejaste de estar en las páginas abiertas de mi vida.

Ahora vuelven los pasos breves y seguros, el inicio hasta la meta sembrada de camino y trabajo. Acampo mi mirada en una tarde clara, en un mediodía, me contagia el limpio

esmeralda de otros ojos floridos y somnolientos; la luna viene conmigo, y con mis flores, y un enjambre de cosas.

Cuanto alborozo, juegos sin razón y risas proporcionadas junto a las lilas aún verdes. Remanso son para mi corazón.

Le amplío el vuelo a mis estrellas. Miro al cielo y escucho sus campanas. Un nuevo amor llueve paz en la voz de mi eco dilatado, y sueño medio dormida con el sin fin del horizonte y con las páginas abiertas de otra vida.

Anoto este inicio hasta metas sembradas de camino bajo la tibieza de plata y cobre del sol y la luna.

Cuanto alborozo y juegos impacientes este invierno, sacudida por las pataditas de este nuevo hijo.